

BEST

Vázquez Montalbán, además de un gran escritor, parece ser un vidente extralucido. El texto que publicamos está escrito mucho antes de los sucesos del 23 de febrero en el Congreso, y ya tenía la premonición del «Caballo de Pavía». Sólo cabe una explicación racional: que a cada sesión del Congreso Vázquez Montalbán haya estado esperando la irrupción golpista.

TODOS los manes familiares, los Bustelo, los Sotelo, los Ibáñez, los Martín, los Leopoldo y los Calvo, claro, vigilaron la elección del traje, de la corbata, pusieron el almidón suficiente para que el nuevo primer ministro conservara esa pose de estatua ecuestre sin caballo. Don Leopoldo Calvo Sotelo había conseguido quijada importante a base de pronunciar cien veces al día la palabra *bananisia* y de tratar de desabotonarse con la punta de la barbilla el tercer botón de la camisa. Ahora marchaba hacia Cortes con el ánimo confuso pues no sabía a ciencia cierta a cuanto le obligaba ser oficialista.

-Felicidades, don Leopoldo. Ya me he enterado que es usted el representante de la oligarquía.

Le dijo la vendedora de periódicos.
-¿Quién le ha dicho a usted esa barbaridad, señora mía?

-Un cuñado mío que es del PCE.

Nada contestó don Leopoldo por no descender a una lidia inútil pero pensó: en cuanto llegue a las Cortes voy a dejar bien claro que de oligarquía nada. Y con este propósito aceleró al chófer y luego sus pasos hacia el hemiciclo, desoyendo saludos y desairando peticiones de mano. En cambio se precipitó sobre un desgarrado Fernández Ordóñez y le besó la frente, gesto que fue inmediatamente interpretado como un apoyo al sector socialdemócrata de UCD cuarto piso tercera planta.

-¡Me ha besado! ¡Hoy creo en Dios!

Gritaba Fernández Ordóñez entusiasmado. Landelino, que todo lo había observado desde su elevado sitio, frunció la musculatura facial para no ser traicionado por la palidez y aprovechó la primera aproximación de Leopoldo para pellizcarlo en un brazo. Fue un pellizco estilete, una mordedura de dedos de monja que

Los ministros dimisionarios García Díez, Ignacio Bayón, Martín Villa y Sancho Rof (detrás, Punset), con el pitillito del descanso.

CRONICA DE GENTES

rida», él dijo que tampoco lo era el suyo y hasta trajo allí a Shakespeare para que dijera lo buenos que eran los dos: «No entremos en torneos porque siempre sangre generosa tiñe en ellos generosas manos.»

Y eso parecía buscar. Llegaba a decir:

-Mi programa me ha parecido mejor, oído en el resumen riguroso, generoso, correcto, del señor González Márquez.

Y más piropos: «Hombre de Estado», «un cierto y noble escepticismo», «posición de madurez», «esa nobilísima situación del hombre maduro que es el escepticismo»... Así que le proponía lo que Karl Manheim llamaba una *democracia valiente*, con diálogo para tomar decisiones sobre el tema (y el tema era el ingreso en la Alianza Atlántica)...

Y como Felipe, después de agradecer a Calvo Sotelo el tono empleado dijera:

-La mayor coincidencia es que discrepamos profundamente de lo que hay que hacer.

Volvería Calvo Sotelo a decir:

-No discrepamos tan profundamente... aunque la oposición tenga siempre que discrepar del Gobierno. Pero discrepamos claramente. Y el Gobierno que yo presida, si llega a la investidura, estará con claridad en esa discrepancia y no buscará nunca adelantarse a soluciones que sean del Grupo Parlamentario Socialista. Tendremos las nuestras. El Partido Socialista tendrá las suyas. Votaremos. Y saldrá de la votación lo que haya de ser hecho.

A la hora de los comentarios se

decía que Calvo Sotelo hacía un gran favor al PSOE. A saber: arrojaba a Santiago Carrillo al infierno del estalinismo y dejaba la izquierda democrática libre para Felipe; él (o sea Calvo Sotelo) se iba a hacer de derecha dura, dispuesto a todo el trabajo feo en economía y en política exterior... Quedaba, pues, Felipe también con todo el centro a su disposición. Demasiada tierra para un hombre.

Lo que si le puede quedar (si el investido no la hace) es toda una tarea de democratización y modernización del Estado que anunciara al principio de su intervención. Tarea que es de todos y no «específica de uno u otro grupo político». Resolver el modelo de Estado autonómico, democratizar y modernizar el aparato del Estado, la vida social, el que sólo la sociedad civil decida sobre la sociedad civil, etcétera...

Y por eso no creía que el fondo de las cosas fuera a cambiar:

-He querido entender que la ruptura con un cierto continuismo se refiere, fundamentalmente, a la manera de gobernar. El cambio de rumbo es en la manera de gobernar más que en los enfoques de los programas de gobiernos; en el modo más que en los contenidos.

Queda por ver si el personal quiere que varíe sólo el modo o también los contenidos. Eso no podrá verse hasta las elecciones. Y esas no son oficialmente, y según el investido, hasta 1983. Hay quien asegura que serán en 1982. ¿Antes o después del Campeonato del Mundo? ■ V.M.R.

chamuscó la central nerviosa del primer ministro. Con lágrimas de dolor en los ojos, Leopoldo Calvo Sotelo se quejó amargamente: ¿Qué he hecho yo? Ya te diré lo que has hecho, dijo entre dientes Lavilla mientras sonreía protocolariamente a Santiago Carrillo.

-Como te vea hablando con ese rojo te vas a acordar de mí.

-Pero si yo no hablo con don Santiago.

-Me refiero a Paco Fernández Ordóñez.

Contrito, Leopoldo Calvo Sotelo se creyó en la obligación de compensar su entusiasmo afectivo y aprovechando que Fernández Ordóñez estaba de espaldas e inclinado hacia Carmela García Moreno, sabe Dios qué diciéndole, don Leopoldo le lanzó un puntapié que dio de lleno en el cuadrante cular del nordeste. Nunca

un puntapié fue tan mal interpretado. Los socialdemócratas de UCD lo consideraron como un puntapié colectivo y respondieron enérgicamente bien metiendo el dedo en el ojo de Alvarez Miranda, bien utilizando el puño cerrado para tratar de achatar por el polo norte la cabeza trapezoide de Herrero de Miñón. Por fortuna asistían aquel día los del PNV a la sesión y actuaron como eficaz servicio de orden, hasta el punto de que en media hora se restableció la calma, aunque no se consiguieron evitar resoplidos de protesta desde los bancos socialistas y la cantinela comunista ya esperada: *Gobierno de amplia mayoría con presencia de la izquierda* o bien *Gobierno de amplia mayoría con presencia de la izquierda*, pues es bien sabido que la minoría comunista en el Parlamento es bilingüe. Esperó Landelino a que

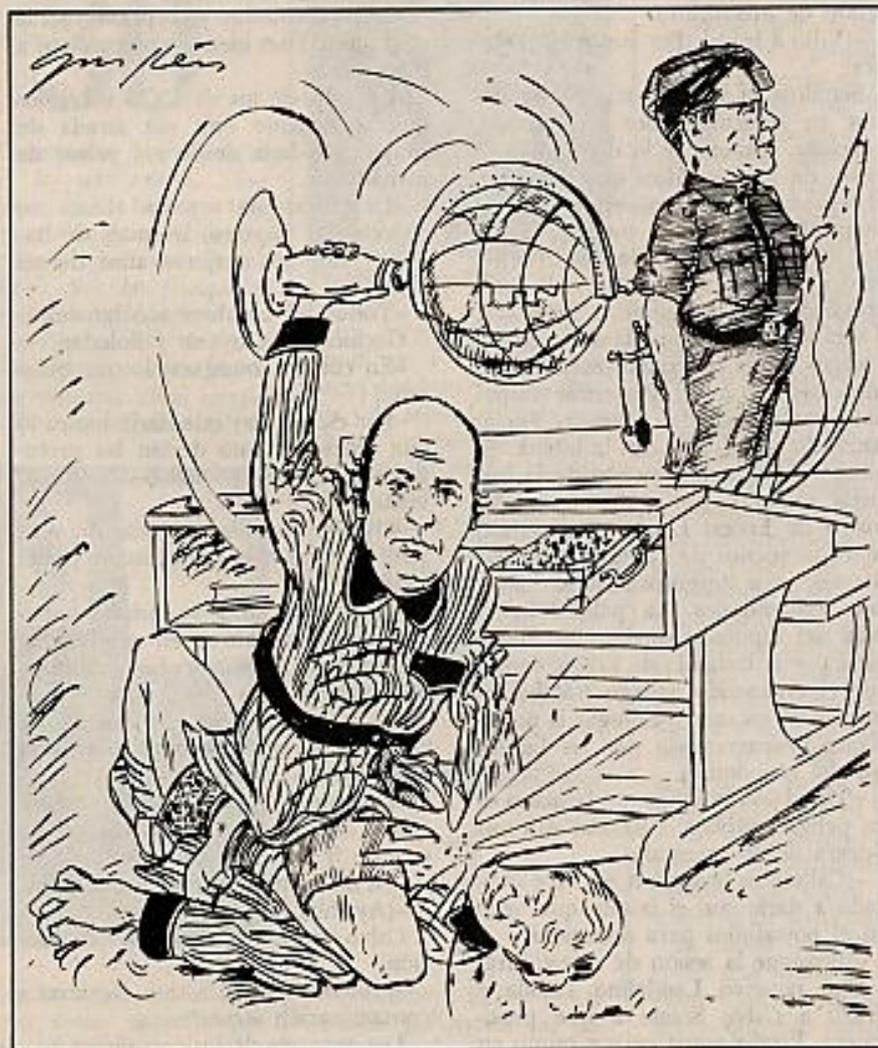
los comunistas se desahogaran y cedió la palabra a Calvo Sotelo para que informase sobre los desastres de la semana.

-Se ha conseguido llegar a los cinco millones de parados, pero aún nos sobran tres millones de trabajadores. ¿Quién puede echar una mano? ¿ningún partido político necesita «liberados»? ¿ni siquiera los de Euskadiko Ezquerria?

Alguien le tiró, desde el banco comunista, sin duda alguna, el *octólogo del buen eurocomunista* grabado en piedra, con la intención de darle en la sien, pero don Leopoldo hizo una finta y el octólogo le dio en la nariz a don Landelino. Fue la señal. Los demócratas de UCD se sacaron los misales con cubiertas de nácar y empezaron a arrear a los socialdemócratas mientras los martinillistas en pie, firmes, cantaban: *Montañas Nevadas, Banderas al viento...* Los socialistas lanzaban cortes de mangas en todas direcciones. Blas Piñar aprovechaba el tumulto para cogerle una mano a Fernando Sagaseta y con lágrimas en los ojos decirle: ¿Por qué no me quieres un poco? ¿por qué no me saludas? Te lo he dicho mil veces, Blas. Replicó tajante, Sagaseta. No te saludo porque eres un agente del imperialismo oligárquico explotador, avalador de la división social del trabajo en el interior y de la división internacional del trabajo dentro del sistema económico mundial dirigido por las multinacionales y los belicistas del Pentágono. Blas Piñar escuchaba extasiado e insistía: más, más. Se me han acabado los adjetivos, coño, dijo Sagaseta molesto por la evidente instrumentalización. Gracias Fernando. Hasta ahora sólo me habían llamado integrista o fascista y tú me has dicho cosas tan maravillosas. Se encogió de hombros don Fernando. Se sacó del bolsillo superior de la chaqueta la emisora portátil que siempre le acompañaba y empezó a transmitir.

-Aquí Efe cincuenta y dos... hablando Efe cincuenta y dos... Diganle a Jota cuatro que aquí se ha armado la de Dios es Cristo... repito: aquí Efe cincuenta y dos...

Bandrés le guiñó un ojo desde su escaño. El sabía que Sagaseta jugaba a agente secreto y que la emisora portátil no sólo estaba desconectada sino que incluso tenía oxidadas las pilas. No pudo reflexionar sobre ello mu-



BESTIARIO

cho tiempo. Un terrible grito subió desde los primeros pupitres.

-Landelino, me ha pegado. Paco me ha pegado.

Se quejaba entre hipos Pérez Llorca.

-Es que se pasa y ocupa mi espacio en el pupitre.

Razonó Fernández Ordóñez señalando la zona de pupitre que compartía con Pérez Llorca.

-Yo había marcado un límite con un bolígrafo y él siempre pone el codo más allá del límite y lo hace de mala fe.

-No lo hago de mala fe, Landelino. Es que tengo los brazos muy largos.

-¿Ese es motivo para pegar a un compañero?

Fernández Ordóñez comprendió que había cometido un error, un inmenso error y bajó la cabeza.

-Escribirás mil veces: No desestabilizaré la democracia.

-¡A la cola! ¡A la cola!

Gritaban los socialistas, secundados por Bandrés y por una señora del sector invitados.

-Y además abandona tu sitio y siéntate en el gallinero durante tres plenarios.

-¡Cuatro! ¡Cuatro!

Insistió la señora desde el público.

-Pues cuatro.

¿Quién era aquella señora tan poderosa capaz de teledirigir al mismísimo Landelino? Esta fue la pregunta que se hizo la cámara de los diputados, pregunta sin respuesta y hasta Rosón, desconcertado, tuvo que movilizar a sus confidentes para enterarse. Es la bruja del doctor Cabezas, el presidente del Atlético de Madrid.

-¡Divorcista! ¡Disoluto!

Gritaba la señora desde su silla y desde su indignación. Mas no acaparó la expectación por mucho tiempo porque se percibió un lejano forcejeo verbal, seguido por un misterioso toc toc que precedió a la entrada de un descompuesto ujier seguido de un caballo.

-¿Qué es esto, Melquiades?

Pregunto don Landelino con acento catalán.

-Yo no quería que entrara, pero ha insistido. Dice que es el caballo del general Pavía.

Los diputados se pusieron en pie estupefactos.

-¿Y el general?

-Viene ahora.

Respondió el caballo.

-Me ha dicho: Adelántate. Saluda a los señores diputados y díles que en un momento estoy allí. Está comprando Marca.

Urgentes consultas, cuchicheos, miradas dirigidas hacia Rodríguez Sahagún, ceñudo el ministro, estu-

dante del catálogo de militares de España.

-No hay ningún Pavía.

Exclamó el ministro de Defensa y miró al caballo de hito en hito.

-¿Seguro?

-Seguro.

-Ya me han vuelto a tomar el pelo. Es que soy huérfano.

-Pobrecito.

Gritó Carmela García Moreno.

-¡Ha sido una macabra broma fascista!

Clamaba Carrillo desde su escaño.

-Este caballo es de Fuerza Nueva.

Opinó Alfonso Guerra con su intransigente tono habitual. Orden. Orden en la sala. Pedía don Landelino. Calvo Sotelo, ante el atril carraspeaba y pronunciaba por lo bajín *banausia* o se tocaba con la barbilla el tercer botón de la camisa para recuperar la longitud de quijada, la longitud de la gravedad. Que se lleven a ese caballo. Ordenó don Landelino. Caballitos de Pavía a mí, rugía Fraga comiéndose una lubina que había sacado de su portafolios.

-Se ruega a Su Señoría don Manuel Fraga Iribarne que se guarde la lubina. No es correcto comer durante la sesión de investidura.

-¡Voto a bríos! ¡Por Belcebú! ¡Felonés!

Senillosa, a su lado trataba de llamar su atención sobre un párrafo, delicioso, Manolo, te lo digo yo, delicioso, de Borges. Mira que dice aquí el cegato: «El Islam asevera que el día inapelable del Juicio, todo perpetrador de la imagen de una cosa viviente resucitará con sus obras y le será ordenado que las anime, y fracasará, y será entregado con ella al fuego del castigo». ¿Qué chorradas lees, maldito snob mediterráneo? ¡Perecerás traspasado por mi espada! Clamaba Fraga, lanzando mandobles con la lubina. Se escapó el húmedo pescado de la húmeda mano y fue a dar contra el rostro de Ernest Lluch, sorprendido en el momento de contarle a Felipe González que Reventós lleva los calcetines remendados. La palidez apesada del diputado catalán fue restañada por la bufanda de Fraga, con la que el encendido gallego trataba de limpiar las escamas y enjugar la pulpa blanca desparramada por las facciones del economista.

-¡Usted con la lubina en la mano es un peligro público! Clamaba Alfonso Guerra desde su escaño.

-¡Cállese su Señoría o me verá obligado a darle con el bonito que llevo en el portafolios para merendar!

-¡Prosigue la sesión de investidura!

Dijo taxativo Landelino Lavilla e invitó a Calvo Sotelo a que prosiguiera. Estaba usted en ese punto en

el que decía que España necesitaba tres millones de parados más.

-Con la venia. Así como, según el informe de la OCDE, está demostrado que necesitamos tres millones más de parados, en ninguna parte he leído yo que necesitemos divorciados.

-No corra tanto.

Gritó desde su escaño Lali Vintrol que siempre toma apuntes.

-¡Protesto por alusiones!

Trataba de imponer su voz Fernández Ordóñez pero fue detenido por dos de la Gestapo que pasaban por allí y se lo llevaron a un campo de exterminio.

-¡Propongo que se le ponga el nombre de Fernández Ordóñez a una calle de Madrid!

Dijo Tamames puesto en pie.

-Aprobado por unanimidad.

Apostilló Tierno Galván al que había despertado por un codazo de un camarada diputado.

-Objetivo esencial del programa de mi gobierno será restañar las heridas causadas por la transición democrática, heridas a su vez causadas sobre las llagas de la guerra civil.

Le aplaudieron los unos y no le aplaudieron los otros.

-Se ha dicho que yo represento a la oligarquía. Pues bien, yo no conozco a esa señora.

Aplausos de los de UCD sobre los que se impone una voz airada de mujer que baja desde los palcos de invitados.

-La Oligarquía soy yo. ¿Dices no conocerme? Ingrato. Después de haberme dado los mejores años de mi vida.

-Todos los hombres son iguales.

Cuchichean Carmela y Soledad.

-En cuanto consiguen lo que quieren...

-Por eso no hay que darle nunca lo que quieren, como decían las protagonistas de las comedias de Benavente.

-Oye, nos avenimos mucho tú y yo ¿eh? Aunque yo sea oficialista y tú del sector crítico.

-Es que las chicas no somos competitivas. Los hombres en seguida se ponen como se ponen. En cambio yo pues valoro otras cosas, no sé.

-Es que tenemos un sistema de valores diferente. El nuestro es una cosa mona y sencilla.

-En cambio fíjate en esos cafres. Fíjate cómo se pone el Landevilla cuando le llevan la contraria.

-Ni un hombre vale lo que se come.

-¡Ay, hija! ¡Qué cruz!

Calvo Sotelo terminaba su intervención.

-Prometo sangre, sudor, lágrimas y contaminación atmosférica.

Los aplausos de los correligionarios

constituyeron un frágil cristal roto por las pedradas verbales de la oposición socialista. Los comunistas en cambio, obligados a demostrar sus buenos modales para compensar las torvas imágenes construidas, expresaron su disgusto enarcando enormemente las cejas.

-Tiene la palabra don Alfonso Guerra.

Espectación. Suárez cruza y descruza las piernas. Entra un coche en el hemiciclo. Se abre una puertezuela. Arrojan desde dentro el cuerpo magullado de Fernández Ordóñez. El roche da marcha atrás y huye.

-¡Le han torturado!

-Qué va. Ha sido una simple corrección fraterna, por su bien.

Comenta alguien que está bien enterado. Los comunistas y socialistas ayudan a Fernández Ordóñez.

-Si lo han torturado no merece ser de UCD. En nuestra familia no tenemos de eso.

-¡Qué ordinario, un torturado! Yo se lo tengo dicho a mi chico. Ni torturador, ni torturado. Todos los extremos son malos.

Estos eran los comentarios más abundantes. Mientras tanto Carrillo le proponía a Fernández Ordóñez hacerse eurocomunista y Felipe González entrar en el PSOE, aunque fuera en el sector crítico. Derrumbado en su escaño, Fernández Ordóñez negaba tozudamente. Soy de UCD y mi cara serrana lo va diciendo. Quiero morir en UCD. Le dejaron por inútil, aunque sin mente, tanto Carrillo como González pensaban en seguir trabajando aquel pobre cerebro maltratado por la Historia. Tomó la palabra Alfonso Guerra.

-El señor Calvo Sotelo, que por cierto podría elegir si es Calvo o Sotelo (risas socialistas, pitos centristas) nos ha prometido sangre, sudor, lágrimas y contaminación atmosférica. Y eso que tenía un día tacaño (risas socialistas, pitos centristas). Si los socialistas mandaran en lugar de mandar los centristas, tendríamos sudor, simplemente sudor, sudor de trabajo (aplausos socialistas y un ¡qué asco! generalizado entre los centristas). El señor Calvo Sotelo sólo puede prometer lo que puede prometer la oligarquía.

Y desde el gallinero parlamentario, Oligarquía Cifuentes de Villaviciosa, cuelga sus poderosos pechos sobre el hemiciclo y grita.

-¡No lo niques Leopoldo! ¡Eres mi hombre!

Abatido ante lo irreversible, don Leopoldo Calvo Sotelo dejó caer la barbilla contra el pecho y se suicidó.

No hubo más remedio que convocar elecciones generales. ■ M.V.M.

